

CON EL BEATO CHAMINADE HACIA NUESTRO FUTURO

DAVID JOSEPH FLEMING, S.M.

Superior General de la Compañía de María,
Misionero Apostólico, a todos los Marianistas del mundo.

Circular nº 7

Roma, 3 de Septiembre del 2000
Día de la Beatificación de nuestro Fundador

Queridos hermanos:

La beatificación del Padre Chaminade es un hito importante en la vida marianista. Doscientos años de existencia como Familia marianista nos animan a mirar atrás con gratitud, en ocasiones con arrepentimiento, y también a mirar hacia el futuro con esperanza. Nos invitan a reflexionar sobre nuestra relación personal con el Fundador y sobre el lugar que ocupa nuestro carisma en la Iglesia actual.

La Iglesia nunca había dado tantas muestras oficiales de reconocimiento hacia la Familia Marianista como en este año:

Con el comienzo de este Año Jubilar, el Santo Padre aceptó oficialmente la atribución de un milagro al Padre Chaminade y fijó la fecha para su beatificación.

El 25 de marzo, el Consejo Pontificio de Laicos reconoció las Comunidades Laicas Marianistas como Asociación Privada internacional de fieles, uno de los casi cincuenta movimientos laicos oficiales de la Iglesia.

Ahora celebramos la beatificación de nuestro Fundador, en compañía de dos Papas particularmente importantes en la historia de la Iglesia moderna: un gran maestro de la espiritualidad encarnacionista (Dom Columba Marmion), y otro fundador (el Arzobispo Tommaso Reggio).

Los acontecimientos de este año subrayan nuestra misión y nuestro papel como discípulos del Padre Chaminade dentro de la comunidad mundial de la Iglesia.

1. ¿QUIÉN ES EL PADRE CHAMINADE PARA VOSOTROS?

A lo largo del siglo pasado, a medida que la causa de la beatificación de nuestro Fundador iba progresando lenta y metódicamente, entre avances y desilusiones, la investigación Marianista ha revelado muchas cosas sobre él. Hasta la publicación de la biografía del Padre Simler en 1901, se le conocía muy poco, incluso dentro de su Familia Marianista. En 1909 se inició el proceso para su beatificación. En los años sucesivos de la primera mitad

del siglo se publicaron una síntesis de sus enseñanzas, *L'Esprit de notre fondation*, y cinco volúmenes de sus cartas. En las décadas siguientes, los padres Emil Neubert, William Ferree y otros publicaron importantes interpretaciones de sus enseñanzas. A mediados de siglo se dieron a conocer una serie de tesis sobre diferentes aspectos de la teología, espiritualidad, y pensamiento social del fundador. Desde ese momento hemos asistido a la publicación de nuevas ediciones y estudios realizados por personas como Joseph Verrier, Vincent Vasey, Jean-Baptiste Armbruster, Ambrogio Albano, Joseph Stefanelli, Eduardo Benlloch, Enrique Torres, y otros.

Hoy en día podemos decir que sabemos más que nunca acerca del Padre Chaminade y, en ciertos aspectos, sabemos incluso más que sus propios contemporáneos. Sabemos que fue verdaderamente un gran Fundador, purificado por distintas pruebas, con una amplia visión de la espiritualidad y de la misión, inspirado por un carisma destinado a ser compartido por todo tipo de personas de distinta condición y de distintos entornos.

El don otorgado a nuestro Fundador era una gracia, no sólo para sí mismo, sino para el bien de toda la Iglesia. Su reconocimiento y acogida en la Iglesia y en el mundo hoy en día dependen en gran medida de lo que nosotros hagamos con él.

En estos momentos, una pregunta adquiere una importancia decisiva: ¿quién es el padre Chaminade para tí? Su beatificación representa una invitación y un estímulo para que cada uno de nosotros, dé una respuesta personal a tal pregunta.

Voy a compartir con vosotros algunas de mis respuestas. Algunas veces utilizaré el calificativo de "santo" al referirme a él, no por el deseo de anticiparme a la decisión posible de la Santa Sede con respecto a su canonización, sino llevado por mi convicción personal de que se trata verdaderamente de un gran santo, con un mensaje y un ejemplo particularmente apropiados para los hombres y mujeres de Dios, hoy en día.

Un modelo de vida eclesial

Para mí, el padre Chaminade es un santo con una visión dinámica de la Iglesia y de la vida eclesial.

Estaba convencido de que todos los hombres están invitados a entrar en el Reino de Dios. La meta consciente de toda su vida fue renovar el afán por ese Reino y su poder dinámico en el mundo de su tiempo. Entendía que esto significaba, no sólo renovar las estructuras institucionales de la Iglesia como las diócesis, parroquias, y seminarios, sino sobre todo aumentar el poder de atracción del evangelio en la vida de la gente sencilla.

A través de la Familia Marianista, invitó a todos a entrar en la dinámica del Evangelio, sosteniendo que éste podía vivirse “con todo el rigor de su letra y de su espíritu”, en los tiempos modernos como en la Iglesia primitiva. En esta invitación incluía a todo tipo de personas, de todas las clases sociales, de toda condición, entorno y educación. Pensaba que todos podían vivir un estilo de comunidad cristiana a imagen y semejanza de la primera comunidad de Jerusalén, “con un solo corazón y una sola alma”.

Exactamente hace doscientos años, hacia finales del año 1800, el Padre Chaminade concluyó su período de exilio en Zaragoza y regresó a Burdeos. Sin esperar ni siquiera un mes, se dispuso a crear el movimiento que hoy denominamos Familia Marianista. Comenzó con un grupo de laicos, jóvenes especialmente. Durante muchos años, este movimiento laico de jóvenes ocupó el lugar central de su apostolado.

Los más tradicionales dentro del clero y del laicado católico creyeron que el padre Chaminade estaba perdiendo el tiempo. Peor aún, muchos pensaron que estaba dividiendo las energías colectivas de una Iglesia que precisamente en aquellos momentos estaba renaciendo, entre grandes dificultades, tras la tormenta de la Revolución. Estimaban que todas las energías eclesiales debían dedicarse a la restauración de los viejos métodos y costumbres, y de los viejos privilegios de la Iglesia. Sobre todo, sostenían que primero había que restaurar el clero, la jerarquía, y la vida parroquial, sin perder demasiado tiempo en innovadores movimientos laicos.

En un memorable texto escrito en 1824, el P. Chaminade les respondía. Aunque respetaba las necesidades institucionales de la Iglesia, estaba convencido de que, en aquel tiempo, *las palancas que mueven el mundo moral necesitan un nuevo punto de apoyo*. Suelo citar este texto con bastante frecuencia, porque creo que representa una clave importante para comprender a nuestro Fundador.

El papel dinámico de los laicos, hombres y mujeres - su llamada universal a la santidad, a una participación activa y a un compromiso intenso y creativo en la misión de la Iglesia - es una visión que aún seguimos asimilando. El padre Chaminade fue un gran precursor. Tuvo intuiciones acerca de la vida eclesial que no eran habituales en su tiempo. Su visión se vio apoyada por el Concilio Vaticano Segundo, pero aún sigue sin haberse realizado plenamente. Nosotros, sus herederos repartidos por distintos lugares del mundo, seguimos buscando el nuevo “punto de apoyo” para el mundo moral de nuestro tiempo. Y seguimos encontrando este punto de apoyo en el dinamismo de los laicos y en la inclusión de todo tipo de personas en comunidades dirigidas hacia el Reino de Dios. Se trata de una misión interminable, pero siempre fructífera.

Así, el Beato Chaminade es un gran patrono para todos aquellos que hoy en día trabajan para desarrollar el liderazgo de los laicos, y la espiritualidad laica. Tiene un atractivo especial para aquellos que trabajan con los jóvenes y para los que quieren promover su colaboración y participación en la vida de la Iglesia. Patronos como éste no abundan en la historia. Creo que con él Dios ha dado al mundo un gran santo, que sigue hablando de manera original y estimulante a la Iglesia y al mundo de nuestro tiempo.

Un hombre de esperanza

Nuestro Fundador es también un modelo de esperanza y de perseverancia creativa.

El padre Chaminade dedicó toda su vida de adulto a luchar contra las poderosas fuerzas de la indiferencia y de la hostilidad a la religión. Su educación en la tradición del *ancien régime* no le preparó en modo alguno para esta batalla. En 1790 conoció los riesgos de la misión clandestina y fácilmente hubiese podido convertirse en mártir de la guillotina. Después tuvo que enfrentarse a una opresiva atmósfera de desconfianza y recelo en el estado policial de Napoleón. Incluso durante los “años dorados” de la restauración (1815-1830), padeció la incomprensión y la oposición de la gente que simplemente quería restaurar el pasado, con sus actitudes aristocráticas y clasistas, sin asimilar las lecciones de un cambio revolucionario de un cuarto de siglo. A partir de 1830 vio cómo muchos de sus planes fracasaban en un contexto de polarización eclesiástica y un gobierno agresivamente anti-clerical. En la última década de vida conoció la incomprensión y el rechazo más dolorosos, por parte de sus discípulos más allegados.

Pero a pesar de todo, nunca pareció perder la esperanza teológica basada, no en una lectura optimista de los acontecimientos, sino en una fe inquebrantable en el Señor. Supo siempre mantener, ante todo y frente a cualquier adversidad, una actitud amable y generosa de escucha y de diálogo. Miró siempre hacia adelante, confiado en la buena voluntad de los que le rodeaban y sobre todo confiado en el Señor que al final llevaría todo a buen fin. En todo lo que le sucedía descubría “una señal de la Providencia”, como solía decir. Su esperanza queda patente en la magnífica carta dirigida a los predicadores de Retiros el 24 de agosto de 1839. Allí expresaba su convicción de que, a pesar de todas las fuerzas del mal, “a María le estaba reservada en estos tiempos una gran victoria”.

En nuestros días, muchos hablan de la “resistencia” que se necesita para luchar a lo largo de años y de décadas tratando de contrarrestar la progresiva secularización, el consumismo inconsciente, la hostilidad violenta, y la creciente injusticia. Muchos de vosotros sabéis bastante de todas estas luchas por experiencia personal.

Nuestras luchas son largas, frente a poderosos adversarios, y es obvio que no vamos a tener éxito en un futuro próximo: secularización, consumismo, violencia e injusticia no dan muestras de desaparecer de la noche a la mañana. Entre tanto, muchas personas cercanas a nosotros tienen que sobrevivir en medio de situaciones inhumanas, y nosotros mismos luchamos sin obtener grandes resultados. Intentamos escuchar y dialogar, pero no nos resulta fácil. Es mucho más fácil perder toda esperanza.

El hermano John Johnston, antiguo Superior General de los Hermanos de la Salle, escribía recientemente que los pobres y los que luchan tienen que “hacerse capaces de negar a las circunstancias externas el poder de destruir sus vidas. Con la ayuda de Dios pueden vivir como personas humanas a pesar de su situación. Pero para ello necesitan *resistencia*. Necesitan fe en Dios y en sí mismos. Necesitan amor, esperanza, fuerza, y valor”.

La mayoría de nosotros no tenemos que vivir en situaciones desesperadas. Pero nosotros también necesitamos esa *resistencia*. Regularmente nos enfrentamos a situaciones difíciles como personas, como comunidades, y también en nuestro apostolado. En lugar de sucumbir a la depresión o caer en el letargo, nosotros también tenemos que negar a las difíciles circunstancias externas el poder de debilitar nuestra fe. Como nuestro Fundador, tenemos que cultivar una actitud de escucha paciente, y buscar en todas las situaciones las indicaciones de la Providencia. Nuestro voto de estabilidad fundamentalmente se refiere a esa resistencia, puesta al servicio de María.

Nuestro Fundador es un gran modelo para todos los que luchamos, frente a los retos constantemente cambiantes de la cultura secular, para desarrollar una vida cristiana que hable por sí misma a la gente de nuestro tiempo.

Un líder servidor

El Beato Guillermo-José Chaminade poseía una gran autoridad, como Fundador y como guía espiritual. Vivía esta autoridad de un modo exigente tanto para sí como para los demás. Dirigía mediante su ejemplo. Daba una gran importancia a la escucha, al diálogo, y a la participación, tal y como vemos de forma evidente a través de sus laboriosos planes organizativos de la Congregación, de sus cientos de cartas en las que daba direcciones o instrucciones, y de los testimonios de quienes le conocieron. Buscaba las señales de la Providencia y sabía esperarlas antes de precipitarse en la toma de decisiones. Sabía invitar a los demás a reflexionar, individualmente y en comunidad. Pero también sabía tomar decisiones llegado el momento oportuno, y mantenerse firme, incluso ante la oposición, en lo que su conciencia le decía ser correcto.

Creía profundamente en la importancia de un buen asesoramiento y una buena formación. Quería transmitir a sus seguidores una sensación de “dirección” erigida sobre profundos cimientos teológicos y espirituales, y al mismo tiempo fomentar prácticas regulares de reflexión, evaluación y corrección fraterna. Estas inquietudes fueron la prioridad absoluta de los últimos veinte años de su vida.

El ejercicio de la autoridad entendida no como dominio, sino como servicio que ayude a los demás a crecer, es un reto básico hoy en día, particularmente en la Iglesia, pero también en la educación, en la política, y en los negocios. Ahora más que nunca, las personas de estos sectores reconocen la necesidad de desarrollar una praxis de reflexión y espiritualidad para un cambio y crecimiento constantes. Nuestro Fundador es un ejemplo para las personas llamadas hoy en día a asumir responsabilidades religiosas y sociales.

Un apóstol de María

El padre Chaminade era un gran devoto de María. Su rica doctrina mariana tiene aspectos originales que siguen siendo dignos de destacar en la Iglesia de hoy, 200 años más tarde. El padre Chaminade veía en María mucho más que un simple objeto de piedad convencional. Estaba convencido de que María es el camino que conduce a su Hijo. Veía en ella la fuente de dinamismo que nos permite tomar parte plenamente, a través de nuestra Alianza con ella, en todos los misterios de su Hijo, especialmente en su función salvadora. Para el padre Chaminade, la devoción a María es esencialmente cristocéntrica. Es una devoción que promueve en nosotros un modo de proceder en el mundo, centrado en la comunidad y orientado al crecimiento y al compromiso misionero.

La Iglesia de hoy nuevamente se caracteriza por una gran devoción a María. Pero en ocasiones se trata de un tipo de devoción privada, bastante individualista, sin demasiado dinamismo. En ocasiones la devoción Mariana reposa sobre cimientos débiles, sobre un sentimentalismo infantil o sobre revelaciones privadas. (El padre Chaminade también tuvo revelaciones privadas, pero no las tomó como base para la devoción Mariana que transmitió a los demás.) Chaminade nos orienta hacia una devoción donde María está al centro del misterio de la salvación por estar al lado de su Hijo. Nos orienta a una devoción que es dedicación y compromiso con los hombres y mujeres de nuestros días.

La encuesta realizada el año pasado acerca de las actitudes marianas de los Marianistas de hoy revelaba que María sigue siendo muy importante para nosotros. Pero nos resulta difícil encontrar expresiones satisfactorias para nuestra devoción. ¿Acaso nuestra devoción es demasiado privada y reticente? El ejemplo del padre Chaminade nos guía y nos motiva en la importante tarea de dar voz al papel de María en nuestro tiempo.

Una vez más, con el padre Chaminade, el Señor ha dado al mundo un modelo para un tipo de vida eclesial particularmente oportuno. Es el patrono para todos aquellos que intentan desarrollar un acercamiento profundo y sólido a María que motive a los cristianos a vivir su compromiso de un modo que hable a los corazones de la gente.

2. EL MENSAJE DE NUESTRO FUNDADOR EN ESTE MOMENTO DE LA HISTORIA MARIANISTA

Nuestro pasado reciente: Años de sufrimiento y de purificación

Las cuatro últimas décadas, desde la celebración del Gran Concilio, han sido para nosotros, como comunidad religiosa y con frecuencia como individuos, un tiempo de sufrimiento y de purificación. Al volver la vista atrás hacia esos duros años, la beatificación de nuestro Fundador adquiere para nosotros un significado único.

San Pablo fue capaz de gloriarse de sus sufrimientos, “sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza, y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Romanos 5:3-6). El padre Chaminade conoció el mismo proceso a través de su dura experiencia personal. ¿Es este proceso de purificación y de sufrimiento una manera de comprender lo que Dios ha estado haciendo entre nosotros a lo largo de estos años? Me gustaría sugerir algunos paralelismos entre las dificultades de nuestro Fundador y las nuestras.

El número de sacerdotes y de religiosos en general descendió vertiginosamente en los días del P. Chaminade, incluso más que en nuestros días. En los primeros años de mi vida religiosa, recuerdo que nos sentíamos orgullosos, lo cual entonces parecía bastante justificable, por el gran número de jóvenes que se unían a nosotros, así como por la excelente formación intelectual de nuestros miembros. A nivel humano, parecía que podíamos confiar en una gran expansión y un gran éxito. En la actualidad, somos dolorosamente, y quizá humildemente, conscientes de una gran pérdida en el número de miembros (de aproximadamente 3.250 en 1965 hemos pasado a escasamente 1.500 en la actualidad). Como Chaminade en su tiempo, ahora se nos llama a mirar adelante y a dar más importancia a la calidad que a la cantidad.

Los Marianistas de mayor edad hemos asistido al nacimiento de un número bastante importante de fundaciones e implantaciones de nuestro carisma en nuevos países y áreas del mundo. De aproximadamente un 8% en 1976, la proporción de nuestros hombres en Africa, Asia, y Latinoamérica ha aumentado hasta casi un 25%. Pero incluso este signo de nueva vida lleva aparejado sufrimiento y aguante, que forjan el carácter de que hablaba San Pablo. La mayoría de nuestras nuevas implantaciones deben padecer duros comienzos, angustias y desilusiones. Hemos conocido fracasos y hemos tenido nuestros mártires en países como Nigeria, Brasil, y Colombia. En las numerosas nuevas

fundaciones de los tiempos del P. Chaminade no hubo ningún Marianista reconocido como mártir, pero sí mucho dolor y grandes esfuerzos. Nuestro Fundador es un modelo a seguir por los que desean crear nuevas fundaciones Marianistas.

Muchos de nosotros acusamos de forma muy pronunciada un inexorable proceso de envejecimiento. La edad media de nuestras Unidades oscila entre los 35 años de media en la India y los 70 de Francia, siendo la media de edad en la Compañía en su totalidad de 60 años. Los que nos preocupamos por el envejecimiento deberíamos recordar que el padre Chaminade fundó la Compañía a la edad de 56 años y la Tercera Orden Regular de Hermanas Marianistas a los 75! Deberíamos rezar para recibir el don del valor, como él lo recibió, para ser capaces de emprender nuevas misiones, confiando firmemente en la bendición de Dios sobre las labores de la edad avanzada.

Una gran fuente de pesar y de ansiedad para la mayoría de los Marianistas es el número constante de hombres que abandonan la Compañía. En la actualidad el número de abandonos no es demasiado elevado pero, tristemente, continúa. Casi ninguna Unidad de la Compañía se ha salvado de experimentar algún doloroso abandono, a menudo incluyendo a hombres maduros y experimentados en quienes habíamos depositado una gran esperanza. La mayoría de los que abandonan siguen sintiendo una cierta cercanía respecto a algunos miembros de la Compañía y siguen identificándose con muchos aspectos de nuestro carisma. A pesar de ello, en ocasiones estos abandonos nos hacen sentir una cierta falta de solidez colectiva en nuestro compromiso. Nuestro Fundador tuvo una experiencia similar, especialmente en la década de 1830, cuando algunos de sus primeros y mejores discípulos abandonaron la Compañía.

A lo largo de su vida adulta, el padre Chaminade sintió momentos de añoranza de la aparentemente sólida Iglesia pre-revolucionaria que había conocido en su juventud. Pero reaccionó mirando hacia adelante en lugar de quedarse anclado en el pasado. De manera similar, nosotros nos hemos visto obligados a retirar nuestros servicios de muchas instituciones, incluyendo algunas de larga y gloriosa tradición. Todos los años, cuando escribo cartas a los jubilaires, me doy cuenta de que muchos de ellos han pasado largos años en obras que ya no están en manos de la Compañía. Para estos jubilaires, pensar en las glorias de nuestro pasado puede a veces resultar una experiencia agrisada. Sin embargo, cada vez más, van reconociendo que Dios ha utilizado y conservado toda la bondad y el esfuerzo que ellos han dedicado a la construcción de Su Reino, aunque las formas institucionales hayan cambiado.

Como Chaminade, estamos llamados a abrazar métodos nuevos en tiempos nuevos. A lo largo de los últimos años, hemos estado inmersos en una reestructuración a gran escala de las Unidades de la Compañía. Esperamos que esta reestructuración represente una respuesta valiente y que mira lejos ante las nuevas situaciones de los tiempos, una invitación a una mayor colaboración con los demás y a un mejor uso de nuestros recursos limitados. Pero una reestructuración de estas características no es fácil, dado que las Unidades de la Compañía no son meros sistemas administrativos sino también comunidades de vida que han forjado una larga y rica historia. Naturalmente, lamentamos lo que perdemos, aunque intentemos prepararnos para el futuro. El Beato Chaminade experimentó sentimientos similares en los que se entremezclaban sensaciones de pérdida, inseguridad, esperanza y confianza.

Quizá toda esta purificación esté probando nuestra virtud (utilizando los términos de San Pablo), enseñándonos a ser pacientes y a confiar en Dios en lugar de en nosotros mismos. No pienso que haya razonamiento humano, histórico, sociológico o psicológico que pueda

explicar de forma adecuada nuestra situación si no es de este modo. Tenemos que aprender, al igual que lo hizo el padre Chaminade, que nuestro éxito depende de la gracia de Dios y no de nuestros recursos y capacidades humanas. El Señor nos dirige desde hace ya largo tiempo a través de un período de purificación, como llevó al pueblo elegido durante cuarenta años por el desierto. Quiere quizá el Señor que veamos la beatificación de nuestro Fundador como un recordatorio de que la Tierra Prometida sigue estando en nuestro futuro?

Signos de esperanza

Incluso en años de desierto, el Señor nos ofrece signos de esperanza. Para nosotros, Marianistas, la afirmación de la Iglesia a través de la beatificación del Padre Chaminade y el reconocimiento oficial de las Comunidades Laicas Marianistas representan una cierta culminación de estos destellos de esperanza.

Sin lugar a dudas, los **Marianistas laicos** representan hoy en día nuestro signo de esperanza más importante. Aunque nuestro número de religiosos haya disminuido, nunca hasta ahora tantas personas de todos los continentes del mundo habían encontrado orientación y motivación espiritual en el carisma del Padre Chaminade. Además de los miembros de las Comunidades Laicas Marianistas, estamos rodeados por todas partes de personas que conscientemente comparten el carisma: amigos, compañeros, voluntarios, estudiantes, feligreses. Podría decirse que al menos diez mil personas de todo el mundo encuentran su motivación espiritual predominante en el carisma marianista. Recientemente vi una pancarta preparada con motivo de la beatificación por uno de nuestros colegios en Latinoamérica que lo resume todo: "Padre Chaminade, gracias por darnos a los marianistas". Y se trataba de un colegio que ya no disfruta de los servicios regulares de una comunidad religiosa marianista!

Los esfuerzos de renovación y de revitalización realizados a lo largo de los años, aunque normalmente no hayan dado resultados espectaculares, nos han enriquecido con muchos signos de esperanza. Entre ellos me gustaría resaltar diez:

1. El nuevo florecimiento de las **vocaciones religiosas marianistas** a lo largo de los diez últimos años en Africa y en India, y los buenos resultados del apostolado vocacional en Latinoamérica y en Corea.
2. Una **renovación de la oración y de la espiritualidad** entre muchos Marianistas, una apertura hacia la voluntad de Dios y un sentido de su presencia más rico y cercano.
3. La renovación de **nuestro trabajo educativo**, que casi en todas partes hoy en día es desempeñado en colaboración estrecha con laicos comprometidos que muestran un gran interés por la herencia educacional marianista.
4. Un mayor deseo de **colaboración y asociación** en todos nuestros apostolados.
5. La voluntad de muchas personas de prestar junto a nosotros **servicios voluntarios**, en particular cuando se trata de demostrar claramente solidaridad con los pobres y con los marginados.
6. El nuevo estilo de **formación** dentro de la compañía, resumido en la *Guía de Formación*, que comienza a ofrecer excelentes resultados.

7. Mayor interés y mejor inserción con respecto a las inquietudes y a la vida de la **Iglesia local y nacional**.

8. La creciente **internacionalización e inculturación** de la vida Marianista en todo el mundo.

9. Los signos de sed espiritual y de **apertura de la juventud de hoy en día** en muchos países: después de un período de cierto rechazo y desorientación, muchos de ellos ahora parecen buscar una identidad religiosa convincente. Esta apertura representa un signo de esperanza y un reto al que responder: el de acercarnos a la juventud de hoy.

10. Una incipiente renovación del **trabajo pastoral**, en el apostolado de la juventud, en las capellanías universitarias, parroquias, santuarios, y centros de retiro y de renovación. Si somos capaces de llevar a cabo esta renovación y de acercarnos más a la gente, especialmente a los jóvenes, esta renovación podría ser muy prometedora para el futuro de nuestra Familia Marianista.

Desde mi punto de vista, otro signo de esperanza particularmente importante es el crecimiento constante entre nosotros del compromiso y de la **solidaridad con los pobres y con los marginados**. Casi todas las nuevas obras acometidas por la Compañía en el mundo tienen como objetivo una solidaridad tangible y evidente con los pobres. Casi todas nuestras obras de larga duración han revisado sus objetivos y han creado nuevos programas con un objetivo similar. Entre los Marianistas se está desarrollando una mayor concienciación global. Estamos empezando a ser más creativos a la hora de descubrir medios de trabajo en equipo, de hermanamiento y de unión de nuestros esfuerzos para el cambio social en el mundo. Esta solidaridad con los pobres claramente se reconoce como el signo más convincente de la autenticidad de la gente religiosa de hoy en día. Mediante el desarrollo de esta solidaridad, estoy convencido de que entramos en una dimensión clave del carisma del padre Chaminade que hasta este momento no se había resaltado suficientemente.

Me gustaría mencionar un último signo de esperanza que ha permanecido invariable a lo largo de estos 200 últimos años para todos los Marianistas: **María**, a quien nuestras Constituciones tradicionales, citando a San Bernardo, han identificado como nuestra *maxima fiducia, tota ratio spei nostrae* ("la mayor confianza, la máxima razón de nuestra esperanza" - Constituciones de 1891, art. 295). Al leer la correspondencia de los fundadores Marianistas en Japón, una gran "misión" pionera fuera del mundo cristiano, me sorprendió ver cuánto confiaban en que María sería la estrella que les serviría de guía en medio de las dificultades y de las pruebas. Lo mismo puede aplicarse hoy a muchos otros Marianistas, tal y como sugiere la reciente Encuesta sobre nuestras Actitudes Marianas. En Ella, la Mujer de la Esperanza, los Marianistas encuentran, de acuerdo con las enseñanzas de nuestro Fundador, una fuente segura de confianza y de esperanza en el futuro.

Estos signos de esperanza parecen ir hacia la "refundación" que tantos comentaristas consideran esencial para las congregaciones religiosas con futuro. No cabe duda alguna de que Dios y María aún no han terminado de llamarnos a nuevas conversiones. No tenemos más fundador que el Padre Chaminade, a quien ahora se le reconoce como un signo y un modelo para la Iglesia universal. Con todo, me parece evidente que se nos está dando la gracia de tomar parte en una verdadera refundación, en el nuevo florecimiento del árbol de la Familia Marianista que el Fundador plantó hace doscientos años.

3. LOS MARIANISTAS EN LA IGLESIA DE HOY

Este momento de la beatificación es una buena ocasión para meditar sobre nuestra naturaleza eclesial. El Padre Chaminade, aunque profético a su modo, era inequívocamente un hombre de la Iglesia de su tiempo, Canónigo honorario de la catedral local, y amigo íntimo del Obispo local. El reconocimiento que nuestro carisma recibe ahora de la Santa Sede nos invita a pensar acerca de lo que recibimos de la comunidad universal de la Iglesia, y acerca de los dones carismáticos que tenemos que ofrecer a la vida de dicha Iglesia.

Lo que recibimos de la Iglesia

Nosotros, los Hijos de Dios, somos la Iglesia. En cierto sentido, podemos decir que recibimos todo de nuestra participación en la vida de la Iglesia. Su fe de múltiples facetas, su herencia, y sus tradiciones espirituales nos sustentan. Conocemos la rica tradición de una comunidad de fe que ahora celebra el comienzo de su tercer milenio. Nuestro carisma se inspira en la riqueza de la herencia de la Iglesia y, en particular, en las nuevas percepciones de la Escuela Francesa de espiritualidad que se originó doscientos años antes del Padre Chaminade. Utilizando una comparación tradicional podríamos decir que, como enanos, reposamos sobre los hombros de los gigantes espirituales que nos han precedido: cualquier nueva perspectiva de futuro que podamos ver es sólo posible gracias a esos sólidos cimientos.

En la vida diaria, seguimos recibiendo guía espiritual y pastoral en la comunión de la vida eclesial. Los sacramentos, y muy particularmente la Eucaristía, actúan como mediadores entre Dios y nosotros. Nuestra interacción con otros carismas eclesiales - la vida de oración de los Benedictinos, la espontaneidad y la sencillez de los Franciscanos, el estudio y sabiduría de los Dominicos, la dinámica espiritualidad apostólica de los Jesuitas, el vibrante entusiasmo de los nuevos movimientos - nos estimulan y agudizan nuestro sentido de identidad. Las otras personas que serán beatificadas junto al Padre Chaminade nos recuerdan este intercambio de dones que experimentamos dentro de la comunión de la Iglesia.

Para nosotros es importante no permanecer al margen de la vida eclesial, aislados, replegados en nosotros mismos. Tenemos mucho que recibir de los demás.

Lo que nuestro carisma ofrece a la Iglesia

Nosotros también tenemos mucho que ofrecer. La forma Marianista de comunión con la Iglesia puede representar un enriquecimiento para todas las Iglesias locales.

Nuestro énfasis en el espíritu de comunidad y de familia aporta un estilo muy necesario a las relaciones eclesiales, que en caso de carecer de él pueden llegar a ser autoritarias y artificiales.

El estilo formativo que aportamos, incluso como varones, en nuestro apostolado, es un importante contrapeso al elitismo y al rigor alienante: "no todos nosotros recibimos igual medida de gracias, y basta a cada uno ser tal como Dios le quiere" (Constituciones de 1839, art. 262, Constituciones de 1891, art. 267).

La espiritualidad de encarnación que fascinó al Padre Chaminade sigue impregnando nuestro trabajo, ayudándonos a encontrar a Dios diariamente en las experiencias sencillas y concretas de la gente. Nos abre a la tan necesaria tarea de la inculturación del mensaje cristiano allí en donde estemos, en lugar de importar simplemente una mentalidad y un estilo extranjeros.

De nuestro Fundador hemos heredado un dinamismo misionero que requiere creatividad para comunicar la palabra del Señor, y un énfasis en el desarrollo de la dirección en manos de los laicos, en la colaboración y en el diálogo.

Su ejemplo nos incita a buscar nuevas formas de relacionarnos con todo tipo de personas, ricos y pobres, intelectuales y obreros, sacerdotes o laicos, hombres y mujeres, urbanos y rurales, de cualquier condición, en una tarea creadora.

En una palabra, podemos decir que el carisma que hemos recibido de nuestro Fundador nos predispone a vivir un **“modelo mariano de Iglesia”**. Otros en la Iglesia pueden tener mayores dones para la autoridad y para el buen orden, o para fantásticas proezas individuales al servicio del Evangelio. Para nosotros, al igual que para nuestro Fundador, la Iglesia es sobre todo una familia de discípulos, que respetan los dones y las necesidades de cada uno, reunidos en torno a la Madre de Dios. Nuestros mayores logros son siempre resultado del trabajo en equipo y de la colaboración con los demás. Tendemos a extender los dones de la igualdad y de la inclusión tanto como nos es posible. Como María, resaltamos el papel de alimentar la vida, formar, sostener y crear unidad, mucho más que los de juzgar y condenar.

Para llevar a cabo nuestra contribución única a la vida de la Iglesia, es importante que nosotros, religiosos Marianistas, reflexionemos sobre lo que estamos haciendo para vivir el carisma de nuestro Fundador. Deberíamos preguntarnos no sólo quién es él para nosotros, sino además, quiénes somos nosotros para él. ¿Nos reconoce hoy como sus discípulos?

Necesitamos ser visibles. La gente necesita conocer quiénes somos y por qué hacemos lo que hacemos. Deberíamos dar mayor importancia al contacto directo con la gente, especialmente con los jóvenes. Deberíamos estar en contacto directo con los pobres y con los marginados, y cuantos nos rodean deberían sentirse desafiados por nuestra solidaridad inequívoca con estos “proscritos”. Las posiciones de apostolado religioso directo son especialmente apropiadas para nosotros. Cuando tenemos religiosos preparados, es bueno que algunos de ellos se encarguen de dirigir las tareas administrativas, porque de esta forma puede conseguirse un gran bien. Pero, en cualquier caso, necesitamos comunicar directamente el mensaje de Jesús. Necesitamos vivir nuestro carisma de un modo que hable a la gente con sencillez pero inequívocamente. A través de nosotros, los que nos rodean deberían conocer nuestro carisma Marianista y a nuestro Fundador.

No somos los únicos en ofrecer dones Marianos especiales a la Iglesia. Tal y como el Padre Chaminade decía, cuando descubrimos que otros comparten muchos aspectos de nuestro carisma Marianista, esto debería ser un motivo de regocijo en lugar de motivo de envidia: “deberíamos felicitarles, bendecirles, e invitarles a competir con nosotros en celo y en amor” (Carta a los predicadores de retiro del 24 de agosto, 1839). Pero por fidelidad a la exclusiva mezcla de atributos que constituye el carisma que nos transmitió, descubrimos una rica identidad y aportamos una valiosa contribución a la vida eclesial.

CONCLUSIÓN: UN MOMENTO NUEVO PARA EL CARISMA MARIANISTA

Este año dedicado al Gran Jubileo y a la memoria del Padre Chaminade es un buen momento para todos nosotros para pedir a Dios que nos infunda de nuevo el espíritu marianista.

En el espléndido himno con el que comienza la Carta a los Efesios, leemos cómo la bondad de Dios hace a los primeros creyentes también los primeros “portadores de esperanza” en Cristo - *tous proelpikoutas en to Christo* (Ef. 1: 12). En este momento clave de nuestra historia, necesitamos ser gentes de esperanza, que se regocijen viendo signos de vida nueva en torno a nosotros.

Se nos llama a **estar abiertos al Señor**, evitando la tentación de imponer nuestras propias ideas, o de caer en el pesimismo o en el fatalismo, dejando a Dios responder, como Él sabe, a nuestras oraciones y a nuestras esperanzas acerca del futuro. No debemos olvidar que sus caminos pueden sorprendernos, porque pueden no coincidir exactamente con lo previsto por nuestra limitada imaginación.

Se nos invita a permanecer abiertos **para implantar nuestro carisma** en nuevas partes del mundo y también en nuevos tipos de comunidades y apostolados, dondequiera que estemos. Quizá esto incluya **compromisos temporales**, nuevos tipos de comunidades laicas o religiosas, y nuevas asociaciones con personas que no sean religiosos consagrados.

Perpetuar lo bueno de nuestro pasado es excelente, pero **crear nuevas respuestas al presente** y al futuro es aún más urgente.

Se nos llama a **ser humildes**. No debemos actuar como expertos presuntuosos que creen saberlo todo acerca del carisma. Necesitamos estar deseosos y dispuestos a aprender, incluso de los recién llegados.

Se nos anima a **confiar en Dios y en María** y a abandonarnos confiadamente en sus planes, porque sabemos que son planes de amor y de misericordia.

A lo largo de este año de gracia, os animo con insistencia a **meditar sobre la vida y el carisma de nuestro Beato Padre Chaminade**, a desarrollar una **relación más personal con él**, y a **abrirnos a su gran intuición** sobre nuestro papel en el mundo y en la Iglesia, con los que tendremos relación en el tercer siglo de nuestra existencia como Familia.

Fraternalmente,

David Joseph Fleming, S.M.
Superior General